



HEBERT.

impetuosidad de sus pasiones políticas y desordenada vida profesaba una ternura respetuosa á la madre de sus dos hijos, separó á los amigos que le disputaban la entrada de su domicilio, subió fuera de sí á su cuarto, corrió hácia el lecho, levantó el paño mortuorio, y cubriendo de besos y de lágrimas el rostro medio yerto de su esposa, pasó toda la noche en gemidos y sollozos.

Nadie se atrevió á interrumpir su dolor y á separarle de aquel lecho de muerte para llevarle á la sedición. Los proyectos de los conjurados se prorogaron por falta de jefe. Sin embargo, Dubuisson arengó al comité, y le demostró la urgencia de anticiparse á los girondinos, que hablaban todos los días de vengar los asesinatos de Setiembre. «¡Mueran — dijo al concluir — esos hipócritas de patriotismo y de virtud!»

Los brazos levantados y muchos ademanes de muerte fueron el silencioso aplauso que mereció el discurso de Dubuisson. Se debatieron los nombres de veintidos diputados girondinos, y sus cabezas fueron ofrecidas al sacrificio. Este número de veintidos correspondía, por una especie de pena del talion, al de veintidos jacobinos que Dumouriez había prometido, decían, entregar á la venganza de su ejército y á la cólera del extranjero. Unos propusieron colgar á Vergniaud, Brissot, Guadet, Petion, Barbaroux y sus amigos en las ramas de los árboles de las Tullerías; otros, que se les condujese á la Abadía y renovar con ellos la justicia anónima de Setiembre. Marat, cuyo nombre nada tenía que temer por una maldad más, y para quien la gloria era sólo el brillo del crimen, dispuso toda clase de escrúpulo. «Nos llaman bebedores de sangre, — dijo. — Pues bien, merezcamos este nombre bebiendo la de nuestros enemigos. La muerte de los tiranos es la última razón de los esclavos. César fué asesinado en pleno senado; tratemos, pues, lo mismo á los representantes traidores á la patria: sean inmolados sobre sus bancos, teatro de sus crímenes.» Mamin, que había paseado la cabeza de la princesa de Lamballe sobre una pica, se ofreció con algunos de sus compañeros para asesinar á los girondinos en su misma casa. Hebert apoyó este último partido. «La muerte sin estrépito, aplicada en las tinieblas, vengará completamente de los traidores á la patria, y mostrará la mano del pueblo suspensa siempre sobre la cabeza de los conspiradores.» Se decidieron por este plan, sin excluir sin embargo la idea de Marat, si se presentaba la ocasion de un asesinato más solemne en medio de los desórdenes, cuando el pueblo diese un asalto á la Convencion. Se distribuyeron á los agitadores los barrios que había de sublevar, y se fijó para la ejecucion la noche del 9 al 10 de Marzo.

VI

En tanto que los conjurados del comité de insurreccion reclutaban sus fuerzas, una revelacion fortuita informaba á los girondinos de la clase del complot fraguado contra su vida. El peluquero Siret, con la indiscrecion ordinaria de los de su oficio, confió á Mauger, presidente de la seccion de la Isla de San Luis, que al dia siguiente á mediodía, los girondinos habrian dejado de existir. Mauger, que era amigo de Kervelegan, diputado de Finisterre, y uno de los más valientes de la faccion de Roland, fué al anocheecer á casa de Kervelegan, y le suplicó, en nombre de su seguridad personal, que no fuese al dia siguiente á la sesion de la

Convencion, y que no durmiese en su casa la noche del 9 al 10. Kervelegan, que aquella noche esperaba á cenar á los principales jefes de la Gironda, les comunicó el aviso de Mauger, y envió á prevenir á todos los diputados del mismo partido se abstuviesen de ir á la Convencion, y se ausentasen de sus casas durante el dia y la noche siguiente. El mismo fué á casa de Gamon, uno de los inspectores de la sala, para tratar de las medidas necesarias á la seguridad de la Convencion. Fué despues á despertar al comandante del batallon de los federados de Finisterre, que estaba en el cuartel, é hizo que aquella tropa tomase las armas. Ya estaban en marcha algunos grupos.

Louvet, el decidido acusador de Robespierre, vivia entónces en la calle de San Honorato, á poca distancia del club de los Jacobinos. Sabía que en su primer levantamiento, el pueblo le escogeria por primera víctima. Hacía de antemano la vida de proscrito, pues salia sólo para ir á la Convencion, y siempre armado, pidiendo asilo en diferentes casas para pasar la noche, y frecuentando sólo oculta-mente la suya para visitar á la jóven que se habia identificado con su suerte. Esta jóven era Lodoïska, cuya belleza, valor y amor ha inmortalizado en sus escritos. Lodoïska, cuyos ojos espian sin cesar los menores síntomas, oyó poco despues de anohecer un inusitado tumulto en la calle, y gritos que salian del seno de grupos más numerosos que de ordinario, á la entrada de los Jacobinos. Corrió allá, penetró en el salon, y asistió sin ser conocida en las tribunas altas, donde era permitido entrar á las mujeres, á los siniestros preliminares de los atentados que se reservaban para aquella noche. Vió estallar la conjuracion, designar el objeto, dar el santo, proferir los juramentos, apagar las luces y desenvainar los sables. Al momento, confundiéndose con la multitud, salió para advertir á su amante. Louvet, abandonando su retiro, corre á casa de Petion, donde estaban reunidos algunos de sus amigos, deliberando tranquilamente sobre los proyectos de decreto que se proponian presentar al dia siguiente. Trabajo le costó á Louvet decidirles á que se abstuviesen de ir á la sesion de la Convencion aquella noche. Vergniaud se negaba á dar asenso al crimen; Petion, indiferente á su suerte, queria más esperar en su casa que huir; los otros se dispersaron y fueron á pedir hospitalidad hasta el dia. Louvet corrió aquella noche de puerta en puerta para advertir á Barbaroux, Buzot, Salles y Valazé que se sustrajesen pronto al hierro de los asesinos. Brissot, informado de lo que pasaba, ya habia ido á informar á los ministros, animándoles con su intrepidez.

Miéntas de este modo se libertaban los diputados girondinos de sus enemigos, las hordas que habian salido de los Franciscanos, armadas de pistolas y sables, se dirigieron á la imprenta de Gorsas, redactor de la *Crónica de Paris*, forzaron las puertas, rasgaron los periódicos, rompieron las prensas y saquearon los talleres. Gorsas, con una pistola en la mano, pasó sin ser conocido por medio de los asesinos, que pedian su cabeza. Cuando llegó á la puerta de la calle y la vió custodiada por hombres armados, escaló la pared del patio y se introdujo en una casa inmediata, desde donde se refugió en la seccion.

Otra columna de unos mil hombres del pueblo, al salir de un banquete cívico que habian tenido en los soportales de los mercados, se dirigió á la Convencion y desfíló por la sala gritando: *¡Vivir libres ó morir!* Los bancos vacíos de los girondinos desconcertaron los proyectos de sus enemigos; pero aquéllos, arrostrando

los silbidos y las amenazas de la multitud y de las tribunas, fueron al dia siguiente á su puesto. Una reunion de cerca de cinco mil hombres de los arrabales llenaba la calle de San Honorato, el patio del Picadero y el terraplen de los Fuldenses. Los sables, las pistolas y las picas se agitaban sobre las cabezas de los diputados en medio de los gritos de *¡Mueran Brissot y Petion!* Fournier el Americano, Varlet, Champion y los bullangueros conocidos del pueblo pidieron las cabezas de trescientos diputados moderados, y se dirigieron en diputacion al Consejo de la municipalidad para exigir que se cerrasen las puertas de Paris y se proclamase la insurreccion. El Consejo negó estas peticiones. El mismo Marat se declaró contra ellas, y reprendió á Fournier



Fuga de Dumouriez.—Pág. 395.

y á sus compañeros. La Convencion estuvo tan tumultuosa como el mismo pueblo. Cruzáronse los ultrajes y las provocaciones. Barere, indeciso entre los girondinos y los montañeses, y por lo tanto tolerado por ambos partidos, adormeció un momento el furor general, divagando sobre las generalidades patrióticas y protestando á la vez

contra la aristocracia de los girondinos, contra la anarquía de los montañeses y contra la insurreccion municipal de Paris. «Se habló—dijo—de cortar esta noche cabezas de diputados. Ciudadanos, las cabezas de los diputados están seguras, las cabezas de los diputados tienen por base todos los departamentos de la república. ¿Quién se atreverá á tocarlas? El dia de este crimen imposible, se disolveria la república.» Unánimes aplausos siguieron al discurso de Barere, que parecian garantir la vida de los representantes de la nacion contra los puñales del pueblo de Paris.

Robespierre presentó como remedio al mal la concentración del poder ejecutivo en los comités, é hizo sentir el comité de salud pública, es decir, la dictadura sin que interviniese la Convencion.

«Las consideraciones generales que se os presentan son ciertas,—dijo Danton;—pero cuando un edificio arde, nadie atiende á los malvados que roban los muebles. Lo primero es apagar el fuego. ¿Queremos ser libres? Si no lo queremos, perezcamos, pues todos lo hemos jurado. Haced salir vuestros comisarios, que marchen esta noche, y digan á la clase opulenta: «Es necesario que la aristocracia de Europa pague nuestra deuda sucumbiendo á nuestros esfuerzos, ó que vosotros la pagueis. El pueblo sólo tiene sangre y la prodiga. Vamos, miserables, prodigad vuestras riquezas». (*Aplausos en la Montaña y en las tribunas*). Ved, ciudadanos,—continuó Danton con una fisonomía en que brillaba la prevision profética de la felicidad pública,—ved, ciudadanos, los altos destinos que os esperan. ¿Qué, tenéis una nacion entera por palanca, la razon por punto de apoyo, y aún no habeis trastornado el mundo? (*Los aplausos suspenden un rato el fuego de su entusiasmo*). En circunstancias más difíciles, cuando el enemigo estaba á las puertas de Paris, dije á los que gobernaban entónces: «Vuestras discusiones son mezquinas; yo no conozco más que al enemigo, venzamos al enemigo». (*Prolongados aplausos*). Vosotros que me fatigais con vuestras disputas particulares,—continuó mirando alternativamente á Marat, Robespierre y los girondinos,—en vez de ocuparos de la salvacion de la república, á todos os miro como traidores, á todos os coloco en la misma línea. ¿Qué me importa mi reputacion! Sea libre Francia, aunque sea ultrajado mi nombre.»

Cambaceres apoyó la proposicion presentada por el ayuntamiento para la organizacion de un tribunal revolucionario. Buzot dijo que se queria conducir á Francia á un despotismo más siniestro aún que el de la anarquía, y protestó contra la reunion de todos los poderes en una sola mano. «No protestaba—murmuró Marat—cuando todos los poderes estaban en manos de Roland.»

Robert Lindet leyó el proyecto de decreto que institua un tribunal revolucionario. «Se compondrá de nueve jueces,—dice Lindet;—no estará sujeto á ninguna forma; su código será su conciencia, y sus medios de conviccion lo arbitrario. Habrá siempre en la sala de este tribunal un miembro encargado de recibir las delaciones y juzgar á todos aquellos que la Convencion envíe.» La Montaña aplaudió estas disposiciones, y Vergniaud, indignado, se levantó diciendo: «Esto es una inquisicion mil veces más temible que la de Venecia. Declaramos que morirémos ántes que consentirla.»

VII

Cambon y Barere parecieron asombrados al ver el arma que se les presentaba. «Los lacedemonios,—dice Barere,—luégo que vencieron á los atenienses, los pusieron bajo el dominio de treinta tiranos, que al principio condenaron á muerte á los más malvados que horrorizaban á todo el mundo, y el pueblo aplaudió su suplicio; pero bien pronto castigaron á los buenos y á los malos. Sylla, victorioso, hizo degollar un gran número de ciudadanos que se habian elevado por sus crímenes y por el mal que habian hecho á la república, y todo el mundo lo aplau-

dió, diciéndose en todas partes que habian merecido su suplicio; pero ésta fué la señal de una espantosa carnicería. Apénas un hombre codiciaba una casa ó una tierra, denunciaba al poseedor y le hacía poner en el número de los proscritos.»

La Convencion decretó que los jurados de aquel tribunal revolucionario serian nombrados por ella y elegidos en todos los departamentos. Estas disposiciones, que templaban la decision de vida ó muerte del tribunal, impacientaban visiblemente á Danton. Iba ya á levantarse la sesion; saltó de su banco y corrió á la tribuna; su ademán altivo hizo que volviesen á sentarse los diputados que ya estaban en pié.

«Intimo—dice Danton con voz imperiosa—á todos los buenos ciudadanos que no dejen su puesto. (*Todos los miembros se sientan, guardando el más profundo silencio*). Ciudadanos,—dijo,—¿podreis separaros sin adoptar las grandes medidas que exige la salvacion de la república? Conozco cuán importante es tomar medidas judiciales que castiguen á los contrarrevolucionarios, porque para ellos es necesario el tribunal, y éste debe suplir al tribunal supremo de la venganza del pueblo. Arrancadlos vosotros mismos á la venganza popular, la humanidad os lo manda, y nada es más difícil que definir un crimen político; pero ¿no es necesario que las leyes extraordinarias, fuera de las instituciones sociales, aterren á los rebeldes y alcancen á los culpables? Ahora la salvacion pública exige grandes medios y medidas terribles, y no veo medio entre las formas ordinarias y un tribunal revolucionario. Seamos terribles para que el pueblo no sea cruel. Organícemos un tribunal, no bien, porque esto es imposible, sino lo ménos mal que se pueda, á fin de que la espada de la ley caiga sobre la cabeza de los enemigos. Concluida esta grande obra, os recuerdo las armas, los comisionados que debeis hacer marchar, y el ministerio que debeis organizar. Llegó el momento; seamos pródigos de hombres y dinero. Tened cuidado, ciudadanos, vosotros respondeis al pueblo de nuestros ejércitos, de su sangre y de sus asignados. Pido, pues, que se organice el tribunal sin levantar la sesion. Pido que la Convencion juzgue mis razones y desprecie las calificaciones injuriosas que se atreven á darme. Esta noche organícese el tribunal revolucionario, organícese el poder ejecutivo, y mañana el movimiento militar; mañana deben haber marchado ya vuestros comisarios. Levántese Francia entera, corra á las armas y marche al enemigo, invádase Holanda y sea libre Bélgica, arruínese el comercio inglés, triunfen los amigos de la libertad en este país, lleven nuestras armas victoriosas la libertad y la dicha á todos los pueblos, y quede vengado el mundo.»

Parecia que el corazon nacional de Francia latía en el pecho de Danton. Sus palabras resonaban en las almas como el paso de carga de los batallones sobre el suelo de la patria. Bajó de la tribuna en brazos de sus colegas de la Montaña, y por la noche fué definitivamente decretado el tribunal revolucionario. Cinco jueces y un jurado, nombrados por la Convencion, un acusador público, nombrado también por ella, la muerte y la confiscacion de los bienes en beneficio de la república; tal era aquel tribunal de Estado, única institucion capaz, segun se creía, de defender en semejantes momentos la república contra la anarquía, la contrarrevolucion y la Europa. La Convencion, resumen del pueblo, todo lo llamaba á sí, hasta la justicia, uno de los atributos de la suprema soberanía. El arma que empuñaba en el peligro podia ser ó saludable ó funesta, segun el uso que se

hiciese de ella. Si no se hubiera tratado más que de cubrir las fronteras, la seguridad de los ciudadanos y su propio poder, esta arma podía salvar á la vez la nacion y la libertad; pero si se entregaba á los partidos para destruirse mutuamente, perdía y deshonraba la revolucion. Los girondinos no se atrevieron á rehusar aquella medida á la impaciencia pública y á la urgencia de la necesidad. Por una burla extraña de las cosas humanas, Barere, que se negaba á aquella ley, debía ser el que hiciese de ella el más sangriento uso, y Danton, que la pedía, debía entregarle su cabeza. La víctima forjaba la cuchilla, y el sacrificador la rehusaba.

VIII

Sublevado el pueblo por el peligro público y por el comité de insurreccion, sitiaba aún la Convencion. El proyecto de degollar á los girondinos en su casa se fraguó de nuevo en un conciliábulo del arrabal de San Marcelo. Danton, que sabía por sus agentes aquellas tramas urdidas y deshechas á voluntad suya, hizo advertir á los amenazados para que por segunda vez abandonasen sus casas. Intimidaba con una mano y protegía con la otra; se proporcionaba apoyos, esperanzas y reconocimientos en los tres partidos; quería ser necesario y terrible para todos á la vez; él solo impedía el choque entre la Gironda y la Montaña; decidiéndose él, estaba decidida la victoria.

Pero aquella superioridad de la actitud de Danton ajaba el orgullo de los girondinos. Respondían á sus proposiciones con desprecios, perseguían á Robespierre hasta en su silencio, atribuían á estos dos hombres toda la demencia de Marat y todos los delirios de la anarquía, y casi disculpaban á Marat para que cayese todo el odio sobre Danton y Robespierre. «Marat—decía Isnard en la tribuna—no es la cabeza que concibe, sino el brazo que ejecuta; es el instrumento de los hombres pérfidos que se burlan con destreza de su sombría crueldad y envenenan sus disposiciones naturales, que ven todos los objetos bajo colores fúnebres, le persuaden lo que ellos quieren, y le hacen ejecutar lo que les agrada. Cuando han acalorado su fantasía, este hombre divaga y delira como ellos quieren.»

Los miembros de aquel partido, reunidos en junta en casa de Roland, se decidieron al fin á aprovecharse de la indignacion que la insurreccion del pueblo contra la Convencion acababa de excitar entre los ciudadanos de Paris para reconquistar un ascendiente que se les escapaba. Vergniaud, que callaba hacía mucho tiempo, cedió á las instancias de sus colegas, y preparó un discurso para pedir venganza á la opinion de los puñales de Marat. Pero ya se habia introducido la division en la faccion de la Gironda. Vergniaud, amado y admirado de todos los girondinos, no manifestaba ya la política de su partido; afectaba el papel de moderador, y de este modo se acercaba á Danton. No habia entre estos dos hombres que se tocaban más que la sangre de Setiembre. Vergniaud habló de este modo:

«Cercado sin cesar por la calumnia, me he abstenido de subir á la tribuna mientras creí que mi presencia podría excitar las pasiones, y que no podía llevar á ella la esperanza de poder ser útil á mi país. Pero hoy que estamos todos, al ménos yo lo creo así, reunidos por el sentimiento de un peligro que se hizo recíproco; hoy que toda la Convencion nacional se halla en el borde de un abismo, al

cual el menor impulso puede precipitarla para siempre con la libertad; hoy que los emisarios de Catilina, no sólo se presentan á las puertas de Roma, sino que tienen la insolente audacia de venir hasta este recinto á desplegar los signos de la insurreccion, no puedo guardar un silencio que sería una verdadera traicion. Diré la verdad sin temor á los asesinatos, porque éstos son cobardes y sé defender mi vida contra ellos.» Despues de haber recordado los atentados á la propiedad en los meses



Cambon.

de Febrero y Marzo, continúa: «Así, de crímenes en amnistía y de amnistía en crímenes, un gran número de ciudadanos ha venido á confundir los motines sediciosos con las insurrecciones contra la libertad. Se ha visto desarrollarse este extraño sistema de libertad, segun el que se os dice: «Sois libres, pero pensad como nosotros, ó si no, os denunciaremos á la venganza del pueblo; sois libres, pero inclinad la cabeza ante el ídolo á quien quemamos incienso, ó si no, os denunciaremos á la venganza del pueblo; sois libres, pero reunios á nosotros para perseguir á los hombres cuya probidad y conocimientos tememos, ó si no, os denunciaremos por medios ridículos á la venganza del pueblo». Entónces, ciudadanos, ha sido